

DE LA AUTORA DE LA SAGA DE LOS ELEMENTOS OSCUROS.  
N.º 1 EN LA LISTA DE VENTAS DE *THE NEW YORK TIMES*

JENNIFER L.  
ARMENTROUT

RABIA  
Y  
PERDICIÓN

LA CONTINUACIÓN DE *FURIA Y TORMENTA*

Una mitad humana, mitad ángel y una gárgola, que además es su protector, deben colaborar con demonios para impedir el apocalipsis al mismo tiempo que evitan enamorarse.

¿El Heraldo se avecina? pero ¿quién o qué es?

Toda la humanidad podría perecer si Trinity y Zayne no consiguen anticiparse a las fuerzas siniestras que se están congregando. Mientras aumentan las tensiones, deben permanecer unidos y patrullar las calles de Washington D. C. por la noche en busca de indicios del Heraldo, un ser que está matando a Guardianes y demonios sin un motivo aparente. Zayne y Trinity deben reprimir sus sentimientos y buscar la ayuda de aliados inusuales: el demonio Roth y sus compinches.

Sin embargo, mientras las muertes se acumulan y se desvela un siniestro complot relacionado con el instituto de la zona y que pone en peligro a alguien querido para Zayne, Trin comprende que la están ¿guiando? ¿dirigiendo? engañando con fines desconocidos. A medida que la ira aumenta y los sentimientos se descontrolan, se hace evidente que la rabia podría suponer la perdición de todos.

Para Loki, que estuvo a mi lado mientras escribía  
*Rabia y Perdición*, y para Apollo, que está ahora  
conmigo mientras edito este libro.  
Te echo de menos.  
Te quiero.

## Uno

Abrí los ojos hinchados y doloridos y clavé la mirada en el pálido rostro translúcido de un fantasma.

Me senté de golpe, ahogando una exclamación. Unos cuantos mechones de cabello oscuro me cayeron sobre la cara.

—¡Cacahuete! —Me presioné la palma de la mano contra el pecho, donde mi pobre corazón retumbaba como un tambor de metal—. Pero ¿tú de qué vas, tío?

El fantasma, que había sido una especie de compañero de cuarto para mí durante la última década, me dedicó una amplia sonrisa desde donde flotaba en el aire, a unos diez centímetros por encima de la cama. Estaba estirado de costado, con la mejilla apoyada en la palma de la mano.

—Solo me aseguro de que sigues viva.

—Dios mío. —Bajé la mano hasta el suave edredón de color gris perla, exhalando de forma entrecortada—. Te he dicho un millón de veces que dejes de hacer eso.

—Me sorprende bastante que todavía creas que te escucho la mitad del tiempo.

Él tenía razón en eso.

El fantasma detestaba seguir mis normas, que se reducían a dos:

«Llamar antes de entrar en la habitación» y

«No observarme mientras duermo».

En mi opinión, eran unas normas bastante razonables.

Cacahuete tenía el mismo aspecto que la noche que murió, allá por la década de 1980. Su camiseta de un con-

cierto de Whitesnake era una pasada, al igual que los vaqueros negros y las zapatillas Chuck Taylor rojas. El día que cumplió diecisiete años, por alguna razón estúpida, se subió a una de esas enormes torres de sonido y acabó matándose al caer, lo que demostraba que la selección natural sí existía.

No había cruzado hacia la brillante luz blanca y, hace unos años, dejé de intentar convencerlo cuando me aseguré, con total convicción, que todavía no era el momento. Ese momento había llegado hacía mucho, pero allá él. Me gustaba tenerlo por aquí... menos cuando hacía cosas raras como esta.

Me aparté el pelo de la cara y recorrí mi cuarto con la mirada... No, no era mi cuarto. Esta ni siquiera era mi cama. Todo esto era de Zayne. Mi mirada saltó desde las gruesas cortinas que bloqueaban la luz del sol hasta la puerta del cuarto. La puerta cerrada a la que no le había pasado la llave la noche anterior, por si acaso...

Sacudí la cabeza.

—¿Qué hora es?

Me recosté contra el cabecero de la cama, con la manta subida hasta la barbilla. Como la temperatura corporal de los Guardianes era más alta que la de los humanos y estábamos en julio, así que lo más probable es que fuera hiciera un bochorno infernal, el apartamento de Zayne parecía una nevera.

—Son casi las tres de la tarde —contestó Cacahuete—. Y por eso creí que estabas muerta.

«Joder», pensé, restregándome la cara con la mano.

—Anoche regresamos bastante tarde.

—Lo sé. Estaba aquí. Tú no me viste, pero yo a ti sí. A los dos. Estaba mirando.

Fruncí el ceño. Eso no sonaba nada raro, qué va.

—Tenías pinta de haber estado en un túnel de viento. —La mirada de Cacahuete me recorrió la cabeza—. Y sigues igual.

Fue como si hubiera estado en un túnel de viento. En un sentido mental, emocional y físico. Anoche, después de sufrir una monumental crisis nerviosa junto a la vieja casa del árbol en el complejo de los Guardianes, Zayne me había llevado a volar.

Había sido mágico, estar allá arriba con el frío aire nocturno, donde las estrellas que siempre me parecían tan tenues se volvieron brillantes. Yo no quería que acabara, ni siquiera cuando se me entumeció la cara y a mis pulmones empezó a costarles respirar. Quería quedarme allá arriba, porque el viento y el cielo nocturno me mantendrían a salvo de todo, pero Zayne me había traído de vuelta a la Tierra y a la realidad.

Eso había ocurrido hacía apenas unas horas, pero parecía haber transcurrido toda una vida. Apenas me acordaba de haber regresado al apartamento de Zayne. No habíamos hablado de lo que había ocurrido con... Misha, ni de lo que le había ocurrido a Zayne. En realidad, no habíamos hablado de nada, aparte de cuando él me preguntó si necesitaba algo y yo farfullé que no. Me desvestí y me metí en la cama, y él se quedó en la sala de estar, durmiendo en el sofá.

—¿Sabes qué? —comentó Cacahuete, sacándome del ensimismamiento—. Puede que esté muerto y eso, pero tienes peor pinta que yo.

—¿Ah, sí? —murmuré, aunque no me sorprendía oírlo.

Teniendo en cuenta cómo notaba la cara, probablemente parecía que me hubiera dado de bruces contra una pared.

Él asintió con la cabeza.

—Has estado llorando.

Efectivamente.

—Un montón —añadió.

Muy cierto.

—Como ayer no volviste, me preocupé. —Ascendió flotando y se sentó en el borde de la cama. Sus piernas y ca-

deras desaparecieron unos centímetros en medio del colchón—. Pensé que te había pasado algo. Me entró pánico. Estaba tan preocupado que ni siquiera pude terminar de ver *Stranger Things*. ¿Quién va a cuidar de mí si te mueres?

—Estás muerto, Cacahuete. No hace falta que nadie cuide de ti.

—Aun así, necesito que me quieran y me valoren y piensen en mí. Soy como Papá Noel. Si no hay nadie vivo que crea en mí y quiera que esté aquí, dejaré de existir.

El tema de los fantasmas y los espíritus no funcionaba así. Para nada. Pero Cacahuete tenía un maravilloso don para la exageración. Una sonrisa me tiró de las comisuras de la boca hasta que recordé que yo no era la única persona que podía verlo. También podía hacerlo una niña que vivía en este edificio de apartamentos. Debía tener algunas gotas de sangre angelical corriéndole por las venas, como todos los humanos que podían ver fantasmas o disponían de otras habilidades psíquicas. Suficiente como para hacerla... diferente a los demás. No existían muchos humanos con rastros de sangre angelical, así que me asombró enterarme de que había alguien tan cerca de donde me había mudado.

—¿No tenías una nueva amiga? —le recordé.

—¿Gena? Es guay, pero no sería lo mismo si acabas estirando la pata, y sus padres no son fetén, ¿sabes? —Antes de poder confirmar que *fetén* significaba «guay» en jerga de los ochenta, me preguntó—: ¿Dónde estuviste anoche?

Mi mirada se posó en aquella puerta cerrada, sin pasar la llave.

—Estuve en el complejo de los Guardianes con Zayne.

Cacahuete se acercó unos centímetros y levantó una mano etérea. Me dio una palmadita en la rodilla, pero no sentí nada a través de la manta, ni siquiera la ráfaga de aire frío que normalmente experimentaba cuando me tocaba.

—¿Qué ha pasado, Trinnie?

«Trinnie».

Él era el único que me llamaba así, mientras que los demás me llamaban Trin o Trinity.

Cerré mis ojos doloridos al caer en la cuenta. Cacahuete no lo sabía, y no estaba segura de cómo contárselo cuando las heridas que habían dejado los actos de Misha todavía no habían cicatrizado. En todo caso, simplemente me las había cubierto con un vendaje de lo más endeble.

Estaba logrando mantener la compostura. A duras penas. Así que lo último que quería era hablar de ello con nadie, pero Cacahuete merecía saberlo. Conocía a Misha. Le caía bien, aunque Misha nunca hubiera podido verlo ni comunicarse con él, y había venido a Washington conmigo para encontrar a Misha en lugar de quedarse en la comunidad de Guardianes de las tierras altas del Potomac.

Vale, yo era la única que podía ver a Cacahuete y comunicarme con él, pero el fantasma se sentía cómodo en la comunidad. Acompañarme significó un gran paso para él.

Mantuve los ojos cerrados mientras realizaba una larga inspiración entrecortada.

—Pues, verás... encontramos a Misha, pero no... no salió bien, Cacahuete. Ha muerto.

—No —susurró. Y luego repitió, más fuerte—: No.

Asentí con la cabeza.

—Dios mío. Lo siento, Trinnie. Lo siento muchísimo.

Tragué saliva con dificultad para aliviar el nudo que se me había formado en la garganta y lo miré a los ojos.

—Los demonios...

—No fueron los demonios —lo interrumpí—. Me refiero a que no lo mataron. No lo querían muerto. En realidad, Misha colaboraba con ellos.

—¿Qué? —El asombro que se reflejó en su voz, la forma en la que esa única palabra sonó tan aguda que casi podría haber roto un cristal, habría resultado divertido en cualquier otra situación—. Era tu protector.

—Él lo planeó: su secuestro y todo eso. —Levanté las rodillas por debajo de la manta y las apreté contra el pecho

—. Incluso se encargó de que Ryker me viera usar mi gracia aquel día.

—Pero Ryker mató a...

«Mi madre». Cerré los ojos con fuerza de nuevo y los sentí arder, como si fuera posible que todavía me quedaran lágrimas dentro.

—No sé qué le pasó a Misha. Si siempre... me odió o fue por el vínculo de protector. Me enteré de que nunca debieron vincularlo conmigo. Se suponía que debía ser Zayne, pero hubo un error.

Un error del que mi padre estaba enterado y no solo no había hecho nada para solucionarlo, sino que no parecía haberle importado en absoluto. Cuando le pregunté por qué no había hecho nada, me contestó que quería ver qué pasaba.

¿Se puede ser más retorcido?

—Puede que el vínculo lo corrompiera. Lo volviera... malo —proseguí, con voz ronca—. No lo sé. Nunca lo sabré, pero el «porqué» no cambia el hecho de que estaba colaborando con Bael y ese otro demonio. Incluso me dijo que el Herald lo había elegido. —Me estremecí cuando el rostro de Misha apareció en mi mente—. Que el Herald le dijo que él también era especial.

—¿Ese no es el que está matando a Guardianes y demonios?

—Así es. —Abrí los ojos cuando estuve segura de que no iba a echarme a llorar—. Tuve que...

—Oh, no.

Cacahuete pareció comprenderlo sin que yo llegara a decirlo.

Pero tenía que decirlo, porque era la realidad. Era la verdad con la que tendría que vivir el resto de mis días.

—Tuve que matarlo.

Cada palabra fue como una patada en el pecho. No dejaba de ver a Misha. No el Misha del claro fuera de la casa del senador, sino el que me esperaba mientras yo hablaba

con fantasmas. Que se echaba la siesta en su forma de Guardián mientras me sentaba a su lado. El Misha que había sido mi mejor amigo.

—Lo hice. Lo maté.

Cacahuete sacudió la cabeza. Su cabello castaño oscuro aparecía y desaparecía a medida que el fantasma se volvía más corpóreo durante un momento y luego perdía la concentración.

—No sé qué decir. Para nada.

—No hay nada que decir. Así son las cosas. —Exhalé mientras estiraba las piernas—. Zayne es ahora mi protector y me voy a quedar aquí. Debemos encontrar al Herald.

—A ver, esa parte está bien, ¿no? —Cacahuete se elevó de la cama, todavía en una postura sentada—. ¿Que Zayne sea tu protector?

Sí.

Y no.

Convertirse en mi protector le había salvado la vida a Zayne, así que eso estaba bien... estaba genial. Él no había vacilado a la hora de aceptar el vínculo y eso fue antes de enterarse de que suponía que debería haber sido él desde el principio. Pero eso también implicaba que Zayne y yo... En fin, que nunca podríamos ser más de lo que éramos ahora, y daba igual cómo me encantaría que pasara eso o cuánto me gustara Zayne. Daba igual que fuera el primer chico que me interesaba en serio.

Eché la cabeza hacia atrás en lugar de ahogarme con la almohada. Cacahuete se volvió borroso mientras flotaba hacia la cortina, aunque eso no tenía nada que ver con su forma fantasmal.

—¿Zayne se ha levantado ya?

—Sí, pero no está aquí. Te dejó una nota en la cocina. La leí mientras la escribía. —Sonaba bastante orgulloso—. Dice que fue a ver a alguien llamado Nic. Creo que era uno de los tíos que vino con él a la comunidad, ¿no? En fin, que se marchó hace como media hora.

Nic era el diminutivo de Nicolai, el líder del clan de Washington D. C. Zayne probablemente tenía asuntos pendientes con él ya que anoche se había marchado de la reunión que estaban manteniendo para ir a buscarme.

Zayne había sentido mis emociones a través del vínculo. Esa nueva y extraña conexión lo había guiado directamente a la casa del árbol. No estaba segura de si eso me asombraba, me irritaba o me inquietaba. Probablemente una mezcla de las tres cosas.

—Me pregunto por qué no me despertó —comenté mientras apartaba la manta y me deslizaba hasta el borde de la cama.

—En realidad, entró a ver cómo estabas.

Me quedé petrificada y rogué no haber estado babeando ni haciendo nada raro.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Pensé que iba a despertarte. Me dio la impresión de que se lo planteó, pero se limitó a cubrirte los hombros con la manta. Me pareció la repanocha.

No estaba segura de lo que significaba *repanocha*, pero en mi opinión había sido... Dios, había sido todo un detalle por su parte.

Era tan típico de Zayne.

Puede que solo lo conociera desde hacía unas semanas, pero me bastaba para poder imaginármelo tapándome con cuidado con el edredón y haciéndolo con tanta delicadeza que no me despertó.

Sentí una opresión en el pecho, como si mi corazón hubiera caído en una picadora de carne.

—Necesito una ducha.

Me levanté, esperando que me temblaran las piernas, pero me sorprendió sentir las fuertes y estables.

—Sí, desde luego.

No hice caso de ese comentario mientras revisaba el móvil. Tenía una llamada perdida de Jada. Me dio un vuelco el estómago. Dejé el teléfono y me dirigí descalza al

cuarto de baño. Encendí la luz e hice una mueca de dolor ante el repentino resplandor. A mis ojos no les sentaba bien ningún tipo de luz brillante. Ni tampoco las zonas oscuras ni en penumbra. En realidad, mis ojos eran una birria el 95,7 por ciento del tiempo.

—¿Trinnie?

Mantuve los dedos sobre el interruptor de la luz mientras miraba por encima del hombro hacia Cacahuete, que se había acercado al baño.

—¿Sí?

Él ladeó la cabeza y, cuando me miró, me sentí completamente expuesta.

—Sé cuánto significaba Misha para ti. Sé que tiene que doler muchísimo.

Terminar con la vida de Misha no me había dolido. Era muy probable que hubiera matado una parte de mí, reemplazándola con lo que parecía ser un pozo sin fondo de amargo resentimiento y pura rabia.

Pero no hacía falta que Cacahuete supiera eso. Ni él ni nadie.

—Gracias —susurré.

Di media vuelta y cerré la puerta, notando que me ardía el fondo de la garganta.

«No voy a llorar. No voy a llorar».

En la ducha, que contaba con numerosos chorros y era lo bastante grande como para que cupieran dos Guardianes adultos, empleé los minutos bajo el agua ardiente para aclararme la mente.

O, en otras palabras, compartimentar.

Anoche me había desmoronado de una vez por todas. Me había permitido desahogarme llorando y ahora debía dejarlo atrás, porque tenía un trabajo que hacer. Tras años de espera, al fin había ocurrido.

Mi padre me había llamado para cumplir mi deber.

Encontrar al Heraldo y detenerlo.

Así que había muchas cosas que debía examinar y guardar en mi archivador mental para poder hacer aquello para lo que nació. Empecé por lo más trascendental. Misha. Metí lo que hizo y lo que tuve que hacer en el fondo del archivador, escondido bajo la muerte de mi madre y mi fracaso a la hora de impedirlo. Ese cajón tenía una etiqueta en la que se leía «FRACASOS ÉPICOS». En el siguiente cajón fue donde envié la causa de los moretones de color azul negro que me cubrían la cadera izquierda y todo el muslo. Otro cardenal me teñía el costado derecho de las costillas, donde Misha me había lanzado una violenta patada. Me había dado una buena paliza, pero había logrado derrotarlo.

No experimenté la habitual sensación de suficiencia u orgullo por haber vencido a alguien que contaba con un buen entrenamiento.

No había nada bueno que sentir al respecto.

Los moretones, los dolores y todo el sufrimiento fueron a parar al cajón llamado «PESADILLAS A MOGOLLÓN», ya que el motivo por el que Misha había conseguido asestar tantos golpes brutales fue porque sabía que mi visión periférica era limitada. Y lo había usado en mi contra. Esa era mi única debilidad a la hora de luchar, algo que debía mejorar, cuanto antes; porque, si el tal Heraldo descubría lo mal que veía, lo aprovecharía.

Igual que haría yo si la situación fuera a la inversa.

Y, sí, eso sería una pesadilla, porque no solo me moriría yo, sino también Zayne. Me estremecí mientras me giraba despacio bajo el chorro de agua. No podía dejarme llevar por ese temor... no podía obsesionarme con esa idea ni un segundo. El miedo te empujaba a hacer cosas imprudentes y estúpidas, y yo ya me comportaba así demasiadas veces sin un buen motivo.

El cajón superior había permanecido vacío y sin etiquetar hasta ahora, pero sabía qué iba a archivar allí. Ese era el lugar donde iba a poner todo lo que había pasado con Za-

ne. El beso que le había robado cuando estábamos allá en las tierras altas del Potomac, la creciente atracción y todo el deseo, y aquella noche, antes de que nos vincularan, cuando Zayne me había besado y había sido exactamente como en las novelas románticas que le encantaban a mi madre. Cuando Zayne me besó, cuando llegamos lo más lejos posible sin consumir el acto, el mundo había dejado de existir más allá de nosotros.

Cogí todo eso, junto con el descarnado anhelo de sus caricias, su atención y su corazón (que probablemente todavía le pertenecía a otra), y cerré la carpeta.

Las relaciones entre los protectores y los Sangre Original estaban terminantemente prohibidas. ¿Por qué? Ni idea, aunque suponía que el motivo por el que la explicación era un misterio se debía a que yo era la única Sangre Original que quedaba.

Cerré ese cajón, que etiqueté simplemente como «ZAYNE», y, al salir de la ducha, el baño estaba lleno de vapor. Tras envolverme con una toalla, me incliné hacia delante y limpié el espejo empañado con la mano.

Pude ver mi reflejo. A tan corta distancia, mis rasgos solo estaban un poco borrosos. Mi piel, que solía tener un tono aceitunado, por gentileza de las raíces sicilianas de mi madre, estaba más pálida de lo habitual, lo que hacía que mis ojos castaños parecieran más grandes y oscuros. La piel que los rodeaba estaba hinchada y ojerosa. Mi nariz seguía estando ladeada y mi boca seguía pareciendo demasiado grande para mi cara.

Tenía exactamente el mismo aspecto que la noche en la que Zayne y yo salimos de este apartamento para ir a la casa del senador Fisher con la esperanza de encontrar a Misha o pruebas de dónde lo retenían.

No me sentía igual.

¿Cómo era posible que no hubiera un indicio físico más evidente de todo lo que había cambiado?

Mi reflejo no sabía la respuesta; pero, mientras le daba la espalda, dije lo único que importaba.

—Puedo con esto —susurré y luego repetí más fuerte—:  
Puedo con esto.